

Extrait du Parroquia Corazón de María (Vigo)

<http://www.cormariavigo.es/LA-CUARESMA>

LA CUARESMA

- Hemos Hecho... -

Date de mise en ligne : Sábado 7 de febrero de 2015

Parroquia Corazón de María (Vigo)

DEL MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO PARA LA CUARESMA DE 2015

«**Fortalezcan sus corazones**» (St 5,8) La Cuaresma es un tiempo de renovación para la Iglesia, para las comunidades y para cada creyente. Pero sobre todo es un «**tiempo de gracia**» (2 Co 6,2).



Dios no nos pide nada que no nos haya dado antes: «Nosotros amamos a Dios porque él nos amó primero» (1 Jn 4,19). Cada uno de nosotros le interesa; su amor le impide ser indiferente a lo que nos sucede. Pero ocurre que cuando estamos bien y nos sentimos a gusto, nos olvidamos de los demás (algo que Dios Padre no hace jamás), no nos interesan sus problemas, ni sus sufrimientos, ni las injusticias que padecen... Entonces nuestro corazón **cae en la indiferencia**: yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien.

Esta actitud egoísta, de indiferencia, ha alcanzado hoy una dimensión mundial, hasta tal punto que podemos hablar de una **globalización de la indiferencia**. Se trata de un malestar que tenemos que afrontar como cristianos.

Uno de los desafíos más urgentes sobre los que quiero detenerme en este Mensaje es el de **la globalización de la indiferencia**.



La indiferencia hacia el prójimo y hacia Dios es una tentación real también para los cristianos. Por eso, necesitamos oír en cada Cuaresma el grito de los profetas que levantan su voz y nos despiertan.

Dios no es indiferente al mundo, sino que lo ama hasta el punto de dar a su Hijo por la salvación de cada hombre. En la encarnación, en la vida terrena, en la muerte y resurrección del Hijo de Dios, se abre definitivamente la puerta entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra. Y la Iglesia es como la mano que tiene abierta esta puerta mediante la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, el testimonio de la fe que actúa por la caridad (cf. Ga 5,6). Sin embargo, el mundo tiende a cerrarse en sí mismo y a cerrar la puerta a través de la cual Dios entra en el mundo y el mundo en Él. Así, la mano, que es la Iglesia, nunca debe sorprenderse si es rechazada, aplastada o herida.

El pueblo de Dios, por tanto, tiene necesidad de renovación, para no ser indiferente y para no cerrarse en sí mismo. Querría proponerles tres pasajes para meditar acerca de esta renovación.

1. «*Si un miembro sufre, todos sufren con él*» (1 Co 12,26) - La Iglesia
2. «*¿Dónde está tu hermano?*» (Gn 4,9) - Las parroquias y las comunidades
3. «*Fortalezcan sus corazones*» (St 5,8) - La persona creyente

Para superar la indiferencia y nuestras pretensiones de omnipotencia, quiero pedir a todos que este tiempo de Cuaresma se viva como un camino de formación del corazón, como dijo Benedicto XVI (Ct. enc. Deus caritas est, 31). Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a

los hermanos y hermanas. En definitiva, un corazón pobre, que conoce sus propias pobreza y lo da todo por el otro. Por esto, queridos hermanos y hermanas, deseo orar con ustedes a Cristo en esta Cuaresma: "**Haz nuestro corazón semejante al tuyo**"



DEL MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO PARA LA CUARESMA DE 2015

«**Fortalezcan sus corazones**» (St 5,8) La Cuaresma es un tiempo de renovación para la Iglesia, para las comunidades y para cada creyente. Pero sobre todo es un «**tiempo de gracia**» (2 Co 6,2).



Dios no nos pide nada que no nos haya dado antes: «Nosotros amamos a Dios porque él nos amó primero» (1 Jn 4,19). Cada uno de nosotros le interesa; su amor le impide ser indiferente a lo que nos sucede. Pero ocurre que cuando estamos bien y nos sentimos a gusto, nos olvidamos de los demás (algo que Dios Padre no hace jamás), no nos interesan sus problemas, ni sus sufrimientos, ni las injusticias que padecen... Entonces nuestro corazón **cae en la indiferencia**: yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien.

Esta actitud egoísta, de indiferencia, ha alcanzado hoy una dimensión mundial, hasta tal punto que podemos hablar de una **globalización de la indiferencia**. Se trata de un malestar que tenemos que afrontar como cristianos.

Uno de los desafíos más urgentes sobre los que quiero detenerme en este Mensaje es el de **la globalización de la indiferencia**.



La indiferencia hacia el prójimo y hacia Dios es una tentación real también para los cristianos. Por eso, necesitamos oír en cada Cuaresma el grito de los profetas que levantan su voz y nos despiertan.

Dios no es indiferente al mundo, sino que lo ama hasta el punto de dar a su Hijo por la salvación de cada hombre. En la encarnación, en la vida terrena, en la muerte y resurrección del Hijo de Dios, se abre definitivamente la puerta entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra. Y la Iglesia es como la mano que tiene abierta esta puerta mediante la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, el testimonio de la fe que actúa por la caridad (cf. Ga 5,6). Sin embargo, el mundo tiende a cerrarse en sí mismo y a cerrar la puerta a través de la cual Dios entra en

el mundo y el mundo en Él. Así, la mano, que es la Iglesia, nunca debe sorprenderse si es rechazada, aplastada o herida.

El pueblo de Dios, por tanto, tiene necesidad de renovación, para no ser indiferente y para no cerrarse en sí mismo. Querría proponerles tres pasajes para meditar acerca de esta renovación.

1. «*Si un miembro sufre, todos sufren con él*» (1 Co 12,26) - La Iglesia
2. «*¿Dónde está tu hermano?*» (Gn 4,9) - Las parroquias y las comunidades
3. «*Fortalezcan sus corazones*» (St 5,8) - La persona creyente

Para superar la indiferencia y nuestras pretensiones de omnipotencia, quiero pedir a todos que este tiempo de Cuaresma se viva como un camino de formación del corazón, como dijo Benedicto XVI (Ct. enc. Deus caritas est, 31). Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a los hermanos y hermanas. En definitiva, un corazón pobre, que conoce sus propias pobreza y lo da todo por el otro.

Por esto, queridos hermanos y hermanas, deseo orar con ustedes a Cristo en esta Cuaresma: **"Haz nuestro corazón semejante al tuyo"**

